

SALLY GARDNER

Ilustraciones de
David Roberts

OPERACIÓN
CONEJITO



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

OPERACIÓN CONEJITO



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

SALLY GARDNER

Ilustraciones de

David Roberts

OPERACIÓN
CONEJITO



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

ANAYA

Título original: *Wings & Co. Operation Bunny*

1.ª edición: febrero de 2015

© Del texto: Sally Gardner, 2012

© De las ilustraciones: David Roberts, 2012

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Orion Children's Books.

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7097-8

Depósito legal: M-32953-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Para Ellen Butler, mi amiga más querida.

Con amor, S





Capítulo uno



Daisy Dashwood y Ronald Dashwood tenían todo aquello con lo que una pareja joven podría soñar: una casa en un barrio residencial, setos con forma de ardilla en el jardín, dos coches en la entrada con matrículas personalizadas (ELLA1 y ÉL2), una pista de tenis, una pequeña piscina y un gimnasio. Incluso poseían una finca cerca de Málaga. Pero lo único que no tenían, lo único que ni el dinero ni la naturaleza habían podido darles era un bebé.

Su vecina de al lado, la señorita String, había sugerido amablemente que quizá Daisy debería pedir un deseo.

—¡Un deseo! —dijo Daisy Dashwood—. Qué descaro tiene esa vieja arpía entrometida. Como si se pudieran conseguir las cosas con solo desearlas.

—Tienes razón, cuchifritina —respondió su marido—. Es mejor creer en cifras y en hechos, no en deseos fantasiosos y bobadas como esas.

Ronald sabía de lo que hablaba. Había amasado su fortuna como agente de fondos de cobertura (sea lo que sea eso). Daisy no podría estar más de acuerdo. Ella creía en sus tarjetas de crédito: de plata, de oro y de platino.

La casa de la señorita String era un auténtico adefesio. Esa era, al menos, la palabra que había empleado Daisy para referirse a ella.

Tenía unas torretas torcidas, unas ventanas enormes y un encanto que la casa de los Dashwood no conseguiría ni en un millar de años. Hubo un tiempo en que los antepasados de la señorita String fueron los propietarios de toda la campiña que rodeaba el lugar. Trozo por trozo, las deudas habían ido devorando la enorme finca hasta que finalmente la señorita String se vio obligada a vender la parcela restante, quedándose solo con la casa y con el jardín.

Ahora la casa de la señorita String se asentaba en mitad de tres imponentes edificios, y cada uno de sus

adinerados vecinos quería agenciarse una tajada más de su enorme jardín.

Fue Ronald Dashwood quien hizo lo que consideraba una oferta extremadamente generosa por la casi totalidad del jardín. Esto habría dejado a la señorita String un pequeño patio en la parte trasera y un sendero en la delantera para que pudiera acceder a su casa.

—Menudo descaro tiene esa vieja arpía —dijo Daisy Dashwood cuando la oferta de Ronald fue rechazada—. ¿Para qué necesita tanto jardín? ¿Y la parcela con el huerto? Ay, cielos, ¿es que esa mujer no ha oído hablar del reparto a domicilio? Ya solo faltaba que no tuviera ordenador, o ni siquiera una tele.

Daisy Dashwood había acertado en ambos casos. En cierto modo, el mundo moderno había pasado de largo ante la señorita String y Fidel, su gato.



Lo más cerca que había estado de llamar a la puerta de su casa fue con la espantosa colección de hogares «de alto *standing*» que habían florecido a su alrededor, sea lo que sea que signifique eso.

Una mañana de verano, los Dashwood estaban desayunando cuando Daisy se fijó en un titular del periódico.

BEBÉ CONFUNDIDO CON UNA BOMBA.

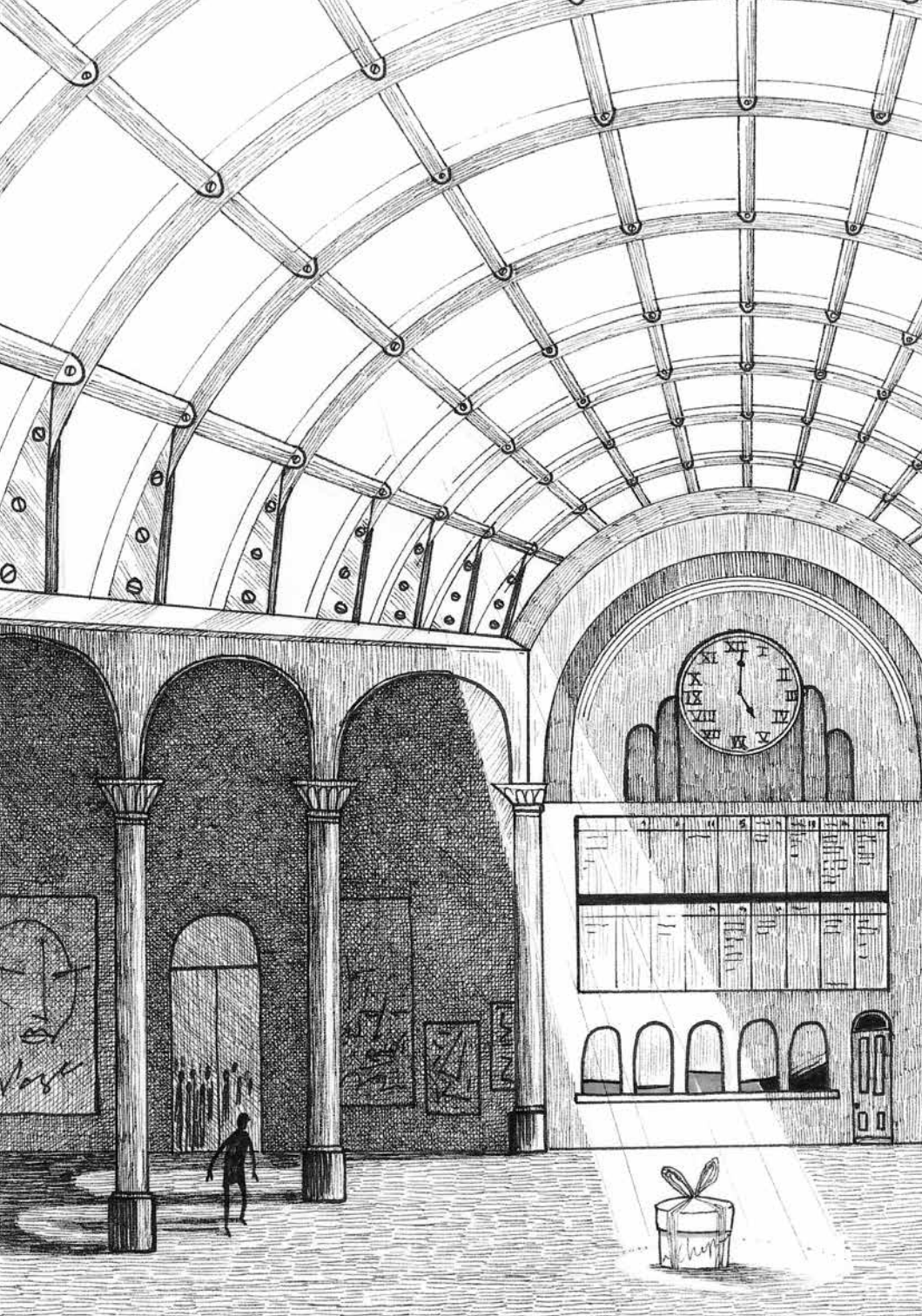
—Escucha esto, Ronald.

—¿El qué, cuchifritina?

—Dice: «El aeropuerto de Stansted estuvo cerrado ayer desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, provocando...» —Daisy hizo una pausa—, «un caos ab-so-lu-to. Se encontró en el vestíbulo principal de la terminal una sombrerera sospechosa de albergar un mecanismo explosivo. Andrew Vole, de 46 años, jefe del equipo de artificieros, dijo que podía escucharse un tictac que emergía de su interior.

»“Fue una suerte”, añadió Vole, “que el bebé comenzara a llorar antes de que iniciáramos una explosión controlada”.

»Cuando retiraron la tapa de la sombrerera, una niña, de menos de tres meses de edad, fue hallada



recostada entre papel seda de color azul. A su lado había un reloj con un cuco que escupía agua.

»La policía ha emprendido la búsqueda de la propietaria de la sombrerera, con la sospecha de que se trate de la madre de la niña. Según han informado, no cuentan con más pistas que el nombre que estaba impreso en ella: La sombrerería de Emily.

»Por el momento el bebé ha quedado al cuidado del orfanato de Cherryfield. Una enfermera le ha puesto el nombre de Emily por la sombrerera, y el apellido Vole en honor al artificiero.

Daisy hizo una pausa, después dijo «¡Ronald!» con una voz que sonó como un cruce entre un gemido y el chillido de un pavo real. Era la voz especial que utilizaba cuando quería algo caro o difícil de conseguir.

—Soy todo oídos —dijo Ronald, y así era. Tenía un impresionante par de orejas de soplillo coloradas. De hecho, era lo primero en que uno se fijaba al verlo.

—Desearía... —dijo Daisy.

—Diría —la interrumpió Ronald— que no es propio de ti pedir deseos, cuchifritina.

—Bueno, pues haré una excepción, solo por esta vez.

—Está bien. ¿Qué es lo que deseas?

—Desearía que ese bebé fuera mío.

Ronald dirigió una sonrisa de afecto a su esposa adicta a las tarjetas de crédito y dijo:

—Sea lo que sea lo que quiera mi cuchifritina, lo tendrá.

Y en menos de lo que canta un gallo, los Dashwood habían adoptado a Emily Vole.



Tal y como Fidel el gato le había dicho a la señorita String al escuchar las noticias, hay que tener cuidado con lo que se desea.

—Estoy de acuerdo —suspiró la señorita String, sentada una tarde junto a su gato en su encantador jardín, mientras la tetera estaba ocupada preparando el té—. Quizá no debería haber dicho nada.

—Esa es siempre la mejor opción —coincidió Fidel—. En mi opinión, después de haber reflexionado al respecto detenidamente, los humanos no meditan

bien las cosas, sobre todo cuando hay deseos de por medio.

Lo cual era bastante cierto. Daisy Dashwood jamás meditaba lo más mínimo si podía evitarlo. Se había limitado a pedir un deseo. ¿Acaso no lo hacían todos? Pedir un deseo es lo más fácil del mundo.



Capítulo dos



Cinco años más tarde, Daisy Dashwood tuvo que admitir que Emily Vole no terminaba de encajar con la idea que tenía en mente cuando pidió su primer y único deseo. Lo que de verdad había querido era una niña con los ojos azules y el cabello rubio, preferiblemente del mismo color pajizo que el de sus extensiones. El problema era que Emily tenía los ojos demasiado oscuros como para ser un auténtico retoño de los Dashwood. Aunque aún peor que aquellos ojos de ébano era el cabello de Emily. Era negro como el carbón.

Ni siquiera Daisy, la orgullosa propietaria del salón de belleza Paraíso, pudo hacer nada para mejorar la



situación. Fue incapaz de resolver el problema. Sencillamente, aquella niña no encajaba con el esquema de colores ancestral de los Dashwood.

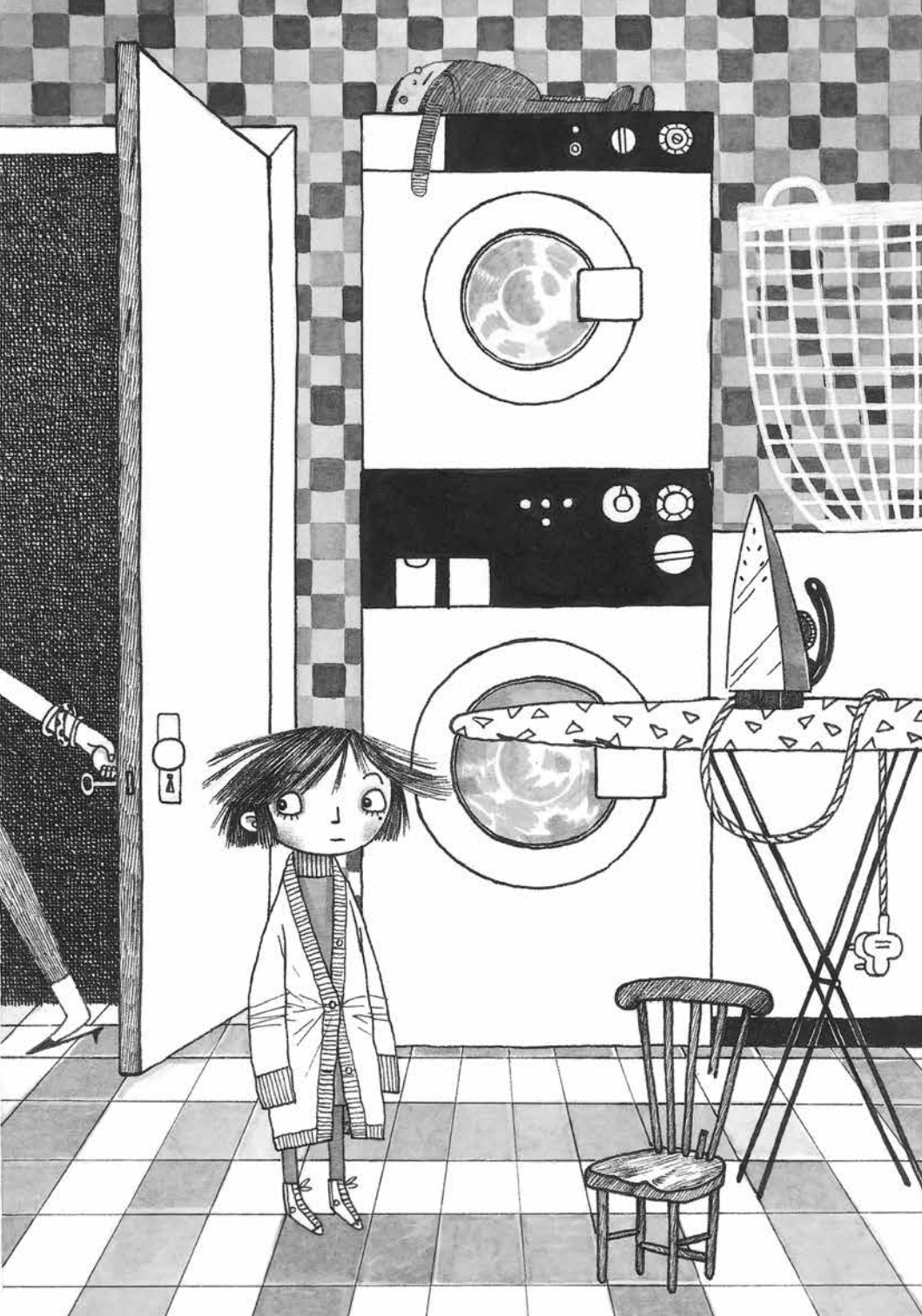
Por suerte, Emily era más lista que los ratones colorados, mucho más lista que sus padres adoptivos. A los tres años, ya era consciente de que no cumplía las expectativas del deseo de Daisy. A los cuatro, se había acostumbrado a llevar una peluca rubia y lentillas azules. Y a los cinco tuvo un presentimiento sobre lo que ocurriría a continuación, desde el momento en que se enteró de que Daisy Dashwood estaba embarazada.

—Ay, cielos. Trillizas —dijo Daisy—. En fin, está claro que ya no necesitamos a Emily. ¿Podemos mandarla de vuelta al orfanato? Debo de tener el recibo en alguna parte.

—En realidad no, cuchifritina —respondió Ronald, mientras observaba cómo su esposa rebuscaba en su bolso de genuina piel de caimán—. No nos dieron un recibo, sino los papeles de adopción.

—En ese caso, podemos decir que se trataba de un ensayo general y que ya no la necesitamos, en vista de que tenemos tres en camino.

—Eso no sonaría bien, cuchifritina.



—No puedo lidiar con esto —dijo Daisy, alzando los brazos—. Es demasiado. Te lo digo, demasiado.

—Siempre nos queda la opción de un internado —propuso Ronald, con intención de ayudar—. Así solo tendremos que ver a la mocosa durante las vacaciones.

Las esperanzas de Daisy Dashwood de librarse de Emily se vieron también frustradas en ese sentido. La escuela Wrenworth solo admitía internos a partir de nueve años. Cualquier centro que aceptara niñas más pequeñas tenía un coste por trimestre equivalente al menos a trece bolsos de diseño.

—Tengo una idea —le dijo Ronald a su esposa en incesante expansión—. Puede que sea la mejor idea que he tenido en años.

—Pues adelante, no me dejes con la intriga, desembucha.

—Podemos hacer que Emily se gane el sustento.

—¿Cómo? —preguntó Daisy.

—Con tres pares de piecitos en camino, necesitaremos toda la ayuda posible y...

—Eso es genial —interrumpió Daisy—. Le diremos a cualquier metomentodo que pregunte por

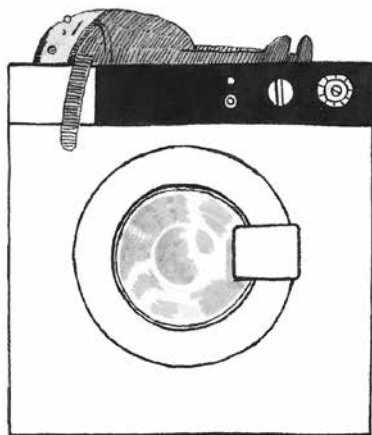
Emily que la estamos educando en casa. Lo cual es cierto. La vamos a educar para ser niñera y criada.

Fue entonces cuando Emily Vole descubrió que había perdido su empleo como hija adoptiva de los Dashwood. La peluca rubia y las lentillas azules desaparecieron. También la habitación rosa, pero no fue una gran pérdida. Emily odiaba el color rosa. Le sorprendió descubrir que a partir de entonces tendría que dormir en el cuarto de la colada, junto a la lavadora y la secadora. Su cama sería la tabla de planchar.

A los Dashwood no se les pasó por la cabeza ni una sola vez que Emily era demasiado joven como para dejarla al cargo de la casa. Lo único que les preocupaba era que la mantuviera limpia y ordenada.

Daisy hacía lo posible por no quedarse en casa. Todos los días acudía sin falta al trabajo.

—Pero, cuchifritina —dijo Ronald—, deberías estar descansando, no trabajando en tu salón de belleza. Después de todo, tienes tres pares de manitas en tu interior. Y tres pares



de piececitos. Eso suma treinta deditos de las manos y treinta uñas de los pies. Por no mencionar los tres cerebros.

—Cierra el pico. Qué desagradable eres —dijo Daisy—. Por supuesto que me voy a trabajar. ¿Quién, aparte de mí, se encargará de vigilar al personal? En mis manos están las extensiones capilares de un montón de gente. Esa gente depende de mí. De ninguna manera voy a quedarme todo el día metida en casa, hinchándome como un globo de feria. Emily se encargará de la casa.

Y de la casa que se encargó.

ACÓMPLATE A LA TIENDA MÁGICA



Cuando Emily Vole hereda una tienda abandonada, descubre un mundo mágico cuya existencia desconocía. Una bruja que odia a las hadas, un manojito de traviesas llaves doradas y un tren repleto de conejitos de brillantes colores son solo algunas de las sorpresas que este mundo le tiene reservadas.

Con la ayuda de un gato parlanchín llamado Fidel y de un detective mágico y gruñón llamado Buster, dependerá de Emily llegar hasta el fondo de la Operación Conejito.

www.anayainfamilyjuvenil.com

1578214

ISBN 978-84-678-7097-8



9 788467 870978

Ilustración de cubierta: David Roberts

ANAYA